UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Dipòsit digital de documents de la UAB

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Fernández Lanchazo, Pau. *"Así no se puede vivir, pero así vivíamos" : personajes femeninos y estrategias de resistencia en "El lector de Julio Verne" (2012), de Almudena Grandes*. Treball de Final de Grau (Universitat Autònoma de Barcelona), 2026 (Llengua i Literatura Espanyoles). 32 pàg.

This version is available at https://ddd.uab.cat/record/334306

under the terms of the CC BY-SA license.

«Así no se puede vivir, pero así vivíamos»: personajes femeninos y estrategias de resistencia en *El lector de Julio Verne* (2012), de Almudena Grandes

PAU FERNÁNDEZ LANCHAZO

Trabajo de Fin de Grado

Grado en Lengua y Literatura Españolas

Junio de 2026

Tutora: Francisca Montiel Rayo

Índice

Introducción 1

1. La situación de la mujer durante el primer franquismo (1939-1959) 2

1.1. La posguerra en la zona rural de Andalucía 3

1.1.1. Maquis: la guerrilla antifranquista (1939-1952) 4

1.1.1.1. La mujer en la resistencia (1939-1949) 6

1.2. La mujer y la posguerra en la literatura 7

1.2.1. Almudena Grandes y la serie *Episodios de una guerra interminable* 8

1.2.1.1. Novelas sobre la guerrilla: *Inés y la alegría* y *El lector de Julio Verne* 10

2. Los personajes femeninos en *El lector de Julio Verne* 11

2.1. Fuensanta de Martos, un pueblo en zona de guerrilla 12

2.1.1. Mujeres de luto 13

2.2. El cuartel de la Guardia Civil 14

2.2.1. Las hermanas Mediamujer 15

2.2.2. La resignación de una madre 17

2.2.3. El misterio de Pastora 18

2.3. El cortijo de la resistencia 20

2.3.1. Las Rubias 20

2.3.2. La maestra republicana 23

Conclusiones 24

Bibliografía 26

Agradecimientos

A mi tutora, por haber confiado en mí y haberme acompañado durante este proceso y a lo largo de toda la carrera;

a mis amigas, dentro y fuera de las aulas, por ayudarme y sacarme una sonrisa; hacéis que todo sea más fácil;

a mi madre, a mi padre y a mi hermana, por quererme, por haberme permitido hacer siempre lo que he querido y por vuestro apoyo; gracias por inculcarme el valor de la lectura y estimular mi gusto por la literatura;

y, en especial, a mis abuelas, por quienes siento amor profundo; gracias por haberme enseñado lo que es querer de verdad, por cuidarme, por criarme, por haber compartido vuestras vidas conmigo; sin vosotras no sería quien soy hoy. No os puedo querer más.

Introducción

En este primer cuarto de siglo se ha producido una notable proliferación de nuevas novelas que abordan la cuestión de la memoria histórica, escritas con la intención de narrar los acontecimientos producidos durante la Guerra Civil española y la subsiguiente posguerra y dar cuenta de la violencia y la represión sufridas durante ese período. En dichas novelas se muestra la función desarrollada por la mujer, hasta hace poco tiempo relegada a un segundo plano, obviando el importante papel que tuvo y desatendiendo a las agresiones que el colectivo sufrió por el simple hecho de serlo. En este contexto, la mujer se ha visto siempre relegada a un segundo lugar, obviando el importante papel que tuvo y desatendiendo a las agresiones que el colectivo sufrió por el simple hecho de serlo.

En este contexto, el objetivo de este trabajo es analizar los personajes femeninos en la novela *El lector de Julio Verne* (2012), de Almudena Grandes, con el propósito de observar si responden a tipos de mujer existentes en la época. De esta manera, se ha elaborado, en primer lugar, una visión del panorama histórico, prestando atención a la resistencia franquista, es decir, a la guerrilla, así como al papel de la mujer en dicha oposición —algunos de los asuntos abordados en la novela—, para, posteriormente, analizar las características de las figuras femeninas seleccionadas, vinculándolas a los espacios más relevantes de la obra, con el fin de evidenciar las posibles semejanzas existentes entre las mujeres que vivieron aquella realidad y las de la ficción. El apartado de las conclusiones incluye los resultados obtenidos gracias al previo análisis de los aspectos más interesantes de los personajes, y, por último, la bibliografía cuenta con todos los estudios citados en el trabajo.

El objeto de estudio, que pertenece a la serie *Episodios de una guerra interminable*, no cuenta con una extensa bibliografía, hecho que ha condicionado, en parte, su elaboración. Por este motivo, se pretende, además, que este trabajo pueda contribuir a ampliar el conocimiento sobre esta obra de la segunda etapa de la producción novelesca de Grandes, y más concretamente en su concepción de la mujer. Asimismo, puede inscribirse en una línea de trabajo más amplia que permita analizar todos y cada uno de los personajes que aparecen en las novelas de la colección, estableciendo entre ellos analogías y diferencias.

1. La situación de la mujer durante el primer franquismo (1939-1959)

Todos los movimientos fascistas se han caracterizado siempre por tener un alto componente antifeminista, así como por considerar las supuestas cualidades masculinas como valores morales (Díez, 1995:30). Al término de la Guerra Civil, la dictadura impuesta en España, caracterizada por la dura represión ejercida a los ciudadanos contrarios al alzamiento —con encarcelamientos, amenazas, intimidaciones, torturas, condenas a muerte y exilio, entre otras (Di Febo, 2006: 154)—, produjo un cambio en el paradigma sociopolítico, económico y cultural establecido durante la Segunda República.

El franquismo inició tras su victoria un proceso de anulación de las ideas, valores y reformas del régimen anterior, así como de los avances y mejoras obtenidos y concedidos a las mujeres. Por una parte, la desarticulación del Estado laico liberal conllevó el recorte de derechos, participación política y oportunidades, además de la eliminación de la igualdad jurídica; por otra, la identidad de las mujeres se redefinió mediante una serie de prohibiciones y exclusiones cuyo fin era restablecer los modelos convencionales del nacionalcatolicismo (Di Febo, 2006: 155)[1]. Sin embargo, eran conscientes de que necesitaban el apoyo femenino; por ello, se organizaron grupos de choque como la Sección Femenina, cuya finalidad era «movilizar y formar política y socialmente a todas las mujeres españolas»[2]. Para asegurar su adhesión, exaltaron los valores tradicionales de la familia, la maternidad, el hogar y el catolicismo junto a los principios de servicio, sacrificio, abnegación y obediencia (Díez, 1995: 34-37).

En el plano laboral, las únicas actividades productivas a las que tenían acceso eran las industrias tabacaleras y textiles, la telefónica o el trabajo doméstico, de modo que se produjo una contradicción entre lo promovido y la realidad, pues las políticas del régimen se basaban en la marginación y el control social y moral (Di Febo, 2006: 155-156)[3]. Algunas mujeres las aceptaron de manera convencida[4], pero muchas otras lo hicieron por

[1] Se pretendió recuperar el modelo de la «mujer de la vieja España», que suponía relegarla a una función marginal, alejada de la vida pública, estableciendo así una discriminación y una consideración de inferioridad respecto al hombre (Díez, 1995: 34).

[2] La Sección Femenina fue la rama del partido Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE-JONS) compuesta por mujeres. Así, se produjo la legitimación de una entidad que, aunque nacida durante la República —julio de 1934—, no tuvo operatividad hasta iniciarse la Guerra Civil. Esta organización se convertiría en el único organismo oficial femenino del régimen (Díez, 1995: 35).

[3] La Sección Femenina ofrecía programas educativos adecuados al perfil sociocultural de las trabajadoras, en los que «siempre se incluía un repertorio de materias domésticas» dirigidas a inculcar el modelo de mujer promovido y deseado por el régimen (Marías, 2013: 154).

[4] Las mujeres, conscientes de que estaban obligadas a velar por el bienestar de sus familias y el cuidado de sus hijos, pero considerando que el propio régimen no les permitía cumplir con esos mismos deberes, «se

obligación, manteniendo reuniones clandestinas en mercados o plazas, así como en las puertas de las cárceles, donde se reunían cuando visitaban a sus familiares, y creando redes de relaciones específicas con el fin de aunar esfuerzos y actuar de forma colectiva. Estas conexiones convirtieron situaciones cotidianas en una de las estrategias de resistencia puestas en práctica durante la dictadura (Cabrero, 2015: 200).

1.1. La posguerra en la zona rural de Andalucía

En el contexto de autarquía impuesto por el régimen y con la implantación del racionamiento —vigente entre 1939 y 1952—, mediante el cual la dictadura controlaba todos los bienes más esenciales, la aparición del mercado negro hizo que los precios aumentasen considerablemente (Del Arco, 2016: 30). De hecho, la estampa habitual de la vida cotidiana a lo largo de ese período se caracterizaba por los robos, la delincuencia, la corrupción o el trapicheo en el estraperlo, convertido en la única salida para la población empobrecida (Cabana, 2021: 69)[5].

La situación durante los primeros años de la dictadura no fue igual en las distintas regiones del territorio español: en Andalucía la posguerra tuvo un mayor impacto; en especial, en las clases más bajas. Para combatir la situación de hambre y muerte derivada de las políticas del franquismo, el primer acto de resistencia consistía en sobrevivir[6]. Además, mientras que los periódicos del régimen idealizaban el estilo de vida en el mundo rural, la prensa local informaba sobre sus propias necesidades y problemas: falta de trabajo, poca cualificación obrera y bajo nivel cultural (Del Arco, 2016: 30)[7]. Con todo,

rebelaron» siguiendo el impulso denominado «conciencia femenina», cuya base radicaba en la aceptación de la división sexual del trabajo. Esta conformidad las llevaba a reivindicar los derechos propios del rol asignado a su género; esa conciencia femenina podía convertirse en «conciencia política», que las animaba, en algunos casos, a ocupar el espacio público en favor de sus demandas (Kaplan, en Cabrero, 2015: 200).

[5] Mediante el estraperlo, considerada la mejor estrategia para hacer frente al aislacionismo, los españoles intentaban vender los productos que el racionamiento les proporcionaba. Otros optaban por la venta ambulante clandestina en calles y plazas, comercializando con cajetillas de tabaco, café o medias de mujer, entre otros productos. Los menos recurrían al hurto, tanto para su propia alimentación como para revender la mercancía robada (Del Arco, 2016: 33).

[6] La comida era escasa dado que las cantidades suministradas por el racionamiento eran insuficientes. Por ello, los andaluces se vieron obligados a cambiar sus dietas y a optar por alimentos sucedáneos, como, por ejemplo, la carne de animales tales como burros, perros, gatos o ratas. En consecuencia, las enfermedades y las muertes iban en aumento, como testifican documentos fechados en 1940 y 1941, aunque estuvieron presentes hasta la década de los años 1950. Por ejemplo, en febrero de 1941, el cónsul británico informaba de que en los hospitales y en las calles de Sevilla estaban falleciendo personas debido al hambre y la malnutrición. Ese mismo año, en el pueblo de El Campillo (Huelva), la diplomacia británica avisaba de la aparición de un burro muerto en la calle, así como de la posterior pelea que se produjo por conseguir una pieza del animal para su consumo (Del Arco, 2016: 31-32).

[7] Durante la posguerra, en Andalucía había un mayor índice de analfabetismo que en otras regiones. En general, había descendido del 23 al 17%, pero, en el caso de las mujeres andaluzas, había aumentado del 65 al 68% (Barranquero, 2017: 73).

aquellas mujeres que no estaban conformes con el modelo femenino que pretendía convertirlas en esposas y madres, se alzaron como contramodelos y trataron de dinamizar la vida de los pueblos, aprovechando los recursos que tenían a su alcance: trabajaron en el campo y se quedaron a cargo de sus hijos (Santiago y Ortega, 2025: 159)[8]. Asimismo, muchas de ellas enviudaron de sus maridos republicanos fallecidos durante la guerra, y otras tuvieron que seguir viviendo como «viudas blancas»[9], dado que sus esposos habían sido encarcelados o bien habían logrado exiliarse (Del Arco, 2016: 30).

1.1.1. Maquis: la guerrilla antifranquista (1939-1952)

Ante los procesos de reconstrucción del Estado y de reorganización de la sociedad basados en la represión y el control social, no sorprende que la resistencia durante los años cuarenta fuese una oposición de tipo militar (Preston, en Yusta, 2004: 63), respaldada y organizada por el Partido Comunista de España (PCE), partidario de la revolución a través de la lucha armada (Sánchez, 2019: 30).

En la sierra, los guerrilleros insurgentes que lucharon y se enfrentaron a las fuerzas franquistas se organizaron en grupos conocidos como el «maquis»[10]. Durante la primera etapa de este movimiento de guerrillas —desde el inicio de la guerra hasta 1944, año de la entrada de guerrilleros por el Valle de Arán[11]—, los grupos armados eran reducidos, y sus actuaciones respondían a la simple supervivencia, pues no contaban con una estrategia definida. Sin embargo, durante la segunda —entre 1945 y 1952, momento de desarticulación de los últimos enclaves guerrilleros—, la resistencia antifranquista ya fue considerada un «problema de Estado» debido a sus continuos atentados, emboscadas, sabotajes y ajustes de cuentas (Sánchez, 2019: 30)[12]. En Andalucía se establecieron cuatro de los nueve núcleos más activos, así como también hubo presencia de guerrillas aisladas,

[8] A las mujeres rurales no les era posible dedicarse únicamente a las labores del hogar, por lo que subsistían impulsando la economía familiar para poder ganar algo de dinero. Así, una gran parte de ellas se dedicó a trabajar en las explotaciones familiares y en los latifundios, ocupándose de cultivos como el algodón, el olivo o la uva (Santiago y Ortega, 2025: 163). También recurrieron a los trabajos domésticos, en los que padecían abusos económicos y sexuales constantes (Barranquero, 2017: 74).

[9] Fueron las encargadas de dirigir y trabajar en las propiedades familiares (Santiago y Ortega, 2025: 163).

[10] Término francés que hace referencia al 'lugar boscoso o montañoso de difícil acceso', que servía de refugio a los guerrilleros. En este caso, sirve para aludir a la guerrilla de resistencia antifranquista durante la posguerra civil española (DRAE).

[11] La entrada por el Valle de Arán en octubre de 1944 llevada a cabo por entre 4000 y 7000 guerrilleros armados concluyó con 129 guerrilleros fallecidos y 588 heridos, frente a los 32 muertos por parte de las fuerzas franquistas. La operación fue considerada un fracaso y provocó la disolución de la UNE (Unión Nacional Española), organización que pretendía aglutinar a todos los antifranquistas (Sánchez, 2019: 30).

[12] El período comprendido entre 1946 y 1948 fue conocido como el "Trienio del Terror" por las prácticas antiguerrilleras aplicadas por la Guardia Civil —organismo represivo del régimen—a familiares y amigos de los huidos, exhibiendo sus cadáveres a modo de humillación y escarnio público (Sánchez, 2019: 32).

como la de los "Jubiles" al norte de Córdoba o la de "Cencerro" en la Sierra Sur de Jaén (Sánchez, 2019: 31-32)[13].

Aun así, la lucha armada estuvo destinada al fracaso desde el inicio debido a la desigualdad de medios y efectivos: los miembros del régimen afectados no fueron más de 650, mientras que las víctimas alcanzaban la cifra de 19 000 en el bando guerrillero[14]. Los resistentes andaluces, a pesar de ser superiores en número, no contaban con los equipos necesarios ya que no eran soldados profesionales, sino campesinos y mineros armados con escopetas de caza, mosquetones o pistolas que habían empleado durante la Guerra Civil[15]. Así, en 1948, debido a la escasez de apoyos y recursos, el PCE decidió renunciar a la lucha armada, siguiendo la recomendación de Stalin (Sánchez, 2019: 32).

En el llano existió una organización política clandestina que se vio constantemente amenazada por las denuncias y las fuerzas de represión[16]. No obstante, pastores y transportistas usaron la movilidad propia de sus oficios para actuar como «estafetas» y distribuir medicinas o proporcionar información. Estos enlaces, si bien permitieron la continuidad de la guerrilla durante un tiempo, pagaron las consecuencias con su vida, años de cárcel o viéndose obligados a huir al monte una vez eran descubiertos. A pesar de todo, la «llama del republicanismo» se mantuvo siempre viva con la creación de comités clandestinos, cuyos objetivos pasaban por la recaudación de cuotas, el socorro popular a presos políticos, la distribución de propaganda revolucionaria estampada en imprentas subrepticias o la participación en actos esporádicos de sabotaje (Sánchez, 2019: 33)[17].

---

[13] Esos núcleos fueron la 2ª Agrupación Centro, con actividad en la Sierra Morena jiennense y parte de Ciudad Real; la 3ª Agrupación de Córdoba, con presencia también en Badajoz; la 6ª Agrupación de Guerrilleros de Granada-Málaga, conocida también como Agrupación "Roberto", y el 7º Grupo "Fermín Galán", cuya actividad se concentró en la Serranía de Ronda y el Campo de Gibraltar. De hecho, la zona de Andalucía Oriental llegó a ser uno de los territorios más activos en España, manteniendo su presencia hasta 1952 (Sánchez, 2019: 31-32).

[14] Algunos estudios indican que el número de guerrilleros muertos y encarcelados fue de 19 444, mientras que las bajas en las fuerzas antiguerrilleras oscilan entre las 584 y las 627, entre muertos y heridos (Sánchez, 2019: 30).

[15] «El perfil medio del guerrillero en España era un joven varón, campesino, vecino de un pequeño pueblo de montaña, excombatiente republicano, con una fuerte identidad antifranquista, pero con escasa o nula experiencia colectiva antes de 1936» (Marco, en Yusta, 2024a: 25).

[16] Es el caso del somatén, grupos civiles encargados de «mantener el orden» en las poblaciones rurales (Yusta, 2004: 82).

[17] Cabe destacar, por ejemplo, la redada llevada a cabo en 1945 contra el comité provincial del PCE en Jaén, que acabó con 115 encarcelados en Andújar y con el fusilamiento de su secretario provincial; también la distribución clandestina de revistas como *Mundo Obrero*, *Demócrito* y *Juventud*, así como pasquines y manifiestos en los que se incluían discursos de los líderes en el exilio; con este objetivo, en 1947 existió una imprenta clandestina en Sevilla (Sánchez, 2019: 33).

1.1.1.1. La mujer en la resistencia (1939-1949)

Las mujeres también tuvieron un importante papel durante la resistencia armada antifranquista, aunque durante mucho tiempo no se han ocupado de ellas en los estudios sobre el tema que han ido viendo la luz[18]. Durante la segunda etapa de la guerrilla, una minoría fue introduciéndose para participar activamente en la lucha (Yusta, 2004: 65-66), como sucede con Asunción Cubero Royo, detenida a finales del año 1947 como sospechosa de un atentado, así como de intervenir en tareas de apoyo a los guerrilleros (Yusta, 2004: 83-84)[19]. Por su parte, el testimonio de Consuelo Rodríguez López, «Chelo», relacionada con la guerrilla galaicoportuguesa, demuestra la participación en acciones armadas; para ella la pistola garantizaba su protección e independencia (Yusta, 2004: 90)[20]. Igualmente, la colaboración de las mujeres en la resistencia civil clandestina fue imprescindible, ya que desarrollaron trabajos de apoyo, como el sustento de los militantes o el cuidado de enfermos y heridos, además del transporte de armas, pues despertaban menos sospechas y no eran tan conocidas por los guardias (Yusta, 2004: 69-70). De hecho, las «mujeres de preso» o las familiares de guerrilleros, en el momento en que les prestaban ayuda, pasaban a formar parte de la resistencia (Yusta, 2004: 66)[21].

Las mujeres andaluzas pudieron emplear algunas estrategias de ayuda gracias a la orografía del medio rural en el que se encontraban: por ejemplo, los silbidos y ruidos acordados que servían de comunicación entre el llano y el monte; o también los lugares previstos para dejar comida, ropas, dinero o mensajes. A pesar de ello, muchas acababan siendo encarceladas, igual que sus familiares (Barranquero, 2017: 79-84)[22].

---

[18] Mercedes Yusta señaló ya en 2004 que, en ese momento, no se había realizado ninguna investigación que abordase el papel de las mujeres, a pesar de que los estudios sobre la guerrilla habían aumentado exponencialmente (2004: 65).

[19] Cubero actuó como enlace entre el Partido Comunista en Valencia y las guerrillas (Yusta, 2004: 83-84).

[20] El acercamiento y compromiso de Chelo con la guerrilla fue por proximidad; es decir, se produjo una transmisión ideológica —padres republicanos y hermanos comunistas—, rasgo común en los recorridos vitales de las mujeres resistentes. En 1942, tres años más tarde de la muerte de sus padres a manos de un grupo de falangistas, ayudó a los guerrilleros abriéndoles las puertas de su casa; además, huyó al monte, donde permaneció hasta 1946 (Yusta, 2004: 88-90). Para Chelo, la guerrilla y sus integrantes se convierten en su familia; por lo que se produce un traslado de los afectos y la creación de un nuevo modelo de «familia», como sucede en otros movimientos de resistencia (Yusta, 2004: 89). Por otro lado, Esperanza Martínez y Remedios Montero, asociadas a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, tuvieron que huir al monte con sus familias en 1949, siendo las únicas que duraron más de un año (Yusta, 2004: 85-86).

[21] Así lo afirma Di Febo: «ser mujer de preso se convirtió en una función política» (en Yusta, 2004: 66). Algunas de ellas no eran conscientes de esa participación ya que consideraban que las acciones realizadas eran una mera continuación de sus tareas domésticas, aunque conllevasen un mayor grado de concienciación política (Yusta, 2004: 66).

[22] Los delitos «contra la seguridad del Estado» (adhesión, inducción o auxilio a la rebelión militar) suponen más de la mitad de las causas por las que fueran juzgadas o encarceladas. En ocasiones, eran castigadas

1.2. La mujer y la posguerra en la literatura

La posguerra española ha sido una de las temáticas que ha suscitado mayor interés en los escritores. En este contexto, es posible hacer una distinción en la literatura de posguerra teniendo en cuenta el lugar físico de enunciación en el que se encuentran los autores: obras creadas en el interior del territorio durante dicho período; pensadas desde el exilio y, por último, producidas en la España democrática.

En primer lugar, de manera cronológica, se puede recordar, por ejemplo, *Nada* (1945), novela de Carmen Laforet donde se muestra la sociedad barcelonesa durante los primeros años de posguerra, y *Entre visillos* (1958), de Carmen Martín Gaite, que retrata la monotonía y la desilusión de un grupo de chicas jóvenes en una capital de provincias durante los años cincuenta. En segundo lugar, desde el exilio, Mercè Rodoreda concibió en Ginebra *La plaça del diamant* (1962), que evoca la vida en Barcelona durante la Segunda República, la Guerra Civil y la posguerra a través del personaje de Natàlia. Por su parte, Luisa Carnés escribió en México *Juan Caballero* (1956), en la que se narra la resistencia de un líder del maquis en la serranía andaluza hacia 1942. En esta novela, el personaje de Natividad decide luchar con los guerrilleros en el monte (Montiel, 2017: 242-244); de esta manera, se ensalza la valentía de las mujeres y se plantea, desde la literatura, un modelo distinto al promovido por el régimen[23]. Por último, a partir de 1975, algunos de los ejemplos que abordan la situación de la mujer durante aquella época son *El cuarto de atrás* (1978), de nuevo de Carmen Martín Gaite, donde reflexiona sobre la propia condición de ser escritora durante el régimen, y *La buena letra* (1995), en la que Rafael Chirbes nos presenta el testimonio de una mujer cuya historia puede funcionar como espejo de la nación, prestando atención a lo íntimo y cotidiano.

Por otra parte, entre finales del siglo pasado y principios de este, la sociedad empezó a reivindicar y a movilizarse en favor de la reparación y recuperación de la memoria de los vencidos de la Guerra Civil y las víctimas del franquismo, hecho que dio lugar al proceso de memoria histórica[24]. En este contexto, en diciembre 2007 el gobierno

como mecanismo para escarmentar e intentar atraer a la persona buscada. Otras sanciones ejemplares fueron el rapado de pelo y la obligación de fregar de rodillas las iglesias (Barranquero 2017: 82-85).

[23] La novela ha sido relacionada con la novela social que se estaba produciendo en España a finales de la década de los veinte e inicios de los treinta del siglo XX. Como novela de tesis, comparte muchas características con los primeros textos de Galdós, en especial con *Doña Perfecta* (1876), que enfrenta las dos Españas existentes en la época, que seguían vigentes más de medio siglo después (Montiel, 2017: 249).

[24] Por ejemplo, en 1995 se fundó la Asociación de Amigos de los Caídos por la Libertad-Región de Murcia. Dos años más tarde, en 1997, se creó la Asociación Guerra y Exilio (AGE). En el año 2000, Emilio Silva y

socialista de José Luís Rodríguez Zapatero (PSOE) aprobó la Ley 52/2007, denominada comúnmente Ley de Memoria Histórica, con el objetivo de reconocer y ampliar derechos y establecer medidas en favor de los damnificados, intentando reconciliarse con lo sucedido y compensar los daños sufridos (González, 2008: 979). Por ello, resulta decisiva la elaboración de obras que miran hacia el pasado para recuperar lo que se desatendió, se intentó ocultar o se olvidó. Con ese fin, Alberto Méndez publicó *Los girasoles ciegos* (2004), en la que cuatro historias enlazadas abordan la derrota, el miedo y la represión en la posguerra española[25]. Otras autoras que siguen esta línea son, por ejemplo, Rosa Regàs con *Música de cámara* (2013), ambientada en la Barcelona de la época; o Dulce Chacón, con su novela *Cielos de barro* (2000), que retrata la vida rural extremeña de los años cuarenta, en la que muestra las diferencias sociales entre amos y sirvientes —vencedores y vencidos—, y con *La voz dormida* (2002), en la que se presentan testimonios que permiten conocer la realidad de las mujeres recluidas en la cárcel de Ventas de Madrid[26].

1.2.1. Almudena Grandes y la serie *Episodios de una guerra interminable*

Almudena Grandes (1960-2021) también fue una de las autoras que reunió en su obra tanto el interés por la mujer y su papel en la sociedad como por la memoria histórica puesto que, como aseguró, «la memoria no es un asunto del pasado» (Rocco, 2013: 12). Su producción literaria puede agruparse en dos etapas: ya con su primera obra, *Las edades de Lulú* (1989), en la que se narra la evolución sexual y emocional de la protagonista, Grandes optó por crear personajes femeninos que representasen a las mujeres de su propia generación, jóvenes nacidas durante el tardofranquismo que crecieron con «la Movida», describiendo sus costumbres, problemas e inquietudes (Gil de Sousa, 2018: 70)[27].

Su novela *El corazón helado*, publicada en 2007, funcionaría como bisagra entre esta primera fase y la siguiente, puesto que aborda cuestiones como la Guerra Civil y el

Santiago Macías, nietos de represaliados del franquismo, fundaron la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) y publicaron el libro *Las fosas de Franco* (2003), en el que se cuenta la experiencia individual de búsqueda y apertura de las fosas de los desaparecidos (Yusta, 2024b: 2).

[25] El cuarto y último relato del libro, que da título al propio volumen, «Cuarta derrota: 1942 o Los girasoles ciegos», cuenta la historia de Ricardo, un «topo», término referido a aquellas personas que, tras la Guerra Civil, tuvieron que permanecer tapiadas en sus casas, escondidas, para evitar la represión franquista.

[26] En este aspecto, cabe destacar la proliferación de adaptaciones —cinematográficas y serializadas— que se han realizado en los últimos veinte años en cuanto a este tipo de novelas se refiere, que constatan el interés sobre la memoria histórica existente en las diferentes artes: en 2008, *Los girasoles ciegos* fue llevada a la gran pantalla; en 2011 lo hizo *La voz dormida*; en 2023 se estrenó la adaptación de *Los pacientes del doctor García* como serie de televisión; recientemente, en 2025, *La buena letra* llegaba a los cines.

[27] Pertenecientes a esta primera fase destacan títulos como *Malena es un nombre de tango* (1994), *Modelos de mujer* (1996), *Atlas de geografía humana* (1998), *Los aires difíciles* (2002) o *Estaciones de paso* (2005), entre otras publicaciones.

exilio —a través de la historia de amor entre Raquel y Álvaro Carrión—, y se enmarca en las novelas de la memoria histórica española, que Grandes siempre consideró «el tema pendiente» de su generación. Desde sus inicios se ocupó de dicha cuestión, aunque de forma secundaria, siendo esta la primera vez que lo abordaba directamente, «que ya era hora, ¿no?» (Macciuci y Bonatto, 2008: 125)[28]. Con la creación de los cinco hermanos Carrión, hijos de un empresario franquista miembro de la División Azul, Grandes pretendió mostrar las distintas reacciones que suscitó en aquel momento la memoria respecto a ese período de la historia reciente de nuestro país, de modo que cada actitud representa «un determinado grupo en la sociedad» (Macciuci y Bonatto, 2008: 127-131).

La segunda etapa novelística comenzó en 2010 con la serie *Episodios de una guerra interminable*, un conjunto de novelas en las que quiso dar cuenta de la resistencia antifranquista en España entre 1939 y 1964, mezclando personajes ficticios con figuras históricas reales para dar a conocer los diferentes episodios sucedidos durante la posguerra[29]. Los cinco relatos que conforman la colección son *Inés y la alegría* (2010), *El lector de Julio Verne* (2012), *Las tres bodas de Manolita* (2014), *Los pacientes del doctor García* (2017) y *La madre de Frankenstein* (2020)[30], novelas en las que se pone el foco en las comunidades y no en las «individualidades poderosas» (Calderón, 2020: 505), ya que es el colectivo y su actividad lo que posibilita el cambio a largo plazo[31]. En un principio, la colección estaba formada por seis novelas, pero su fallecimiento en 2021 no permitió la finalización de la sexta y última entrega, *Mariano en el Bidasoa*.

---

[28] El interés por la memoria de la Guerra Civil y la dictadura puede explicarse mediante los conceptos de «posmemoria», «segunda generación» y «tercera generación» (Ruiz, 2013: 413). La violencia y el trauma histórico experimentado por los padres se transmite en «procesos transferenciales cognitivos y afectivos» entre personas y generaciones; los hijos interiorizan ese pasado no vivido, y la historia se transforma en memoria (Hirsch, 2012: 15-20). En el caso español, la primera generación correspondería a quienes experimentaron la guerra de manera directa y la posguerra como adultos, y la segunda generación sería la que nació una vez terminado el conflicto o vivió la guerra durante la infancia. De esta manera, Almudena Grandes formaría parte de la tercera generación, la de los nietos, los «guardianes de la memoria», a pesar de haber vivido los últimos años de la dictadura (Ruiz, 2013: 413).

[29] Para ello, es necesario un trabajo de documentación previo a la escritura, tal y como advierte en las "Nota de la autora", el epílogo de cada una de las novelas, donde aporta una descripción del trabajo realizado, explicando los orígenes de su inspiración y las fuentes de las que se ha servido (Calderón, 2020: 501-503).

[30] El proyecto, inspirado en los *Episodios nacionales*, «pretende ser al mismo tiempo un homenaje y un acto público de amor por Galdós, y por la España que Galdós amaba» (Grandes, 2010: 720).

[31] Cada una de las novelas está situada en un medio distinto, a veces en el medio rural y otras en la ciudad, pero la actuación de cada comunidad está interrelacionada con las demás, de manera que la suma de todas ellas «perfila la acción conjunta de un sujeto colectivo subrepresentado tradicionalmente en la esfera pública española». Así, el entorno geográfico en *Inés y la alegría* es el exilio en Toulouse; en *El lector de Julio Verne* son los maquis de la sierra de Jaén; en *Las tres bodas de Manolita* es la organización en la calle y en las cárceles de Madrid; en *Los pacientes del doctor García*, el espionaje organizado en Madrid y Buenos Aires, y, por último, en el caso de *La madre de Frankenstein*, la narración se sitúa en el Manicomio de Mujeres de Ciempozuelos, en Madrid (Calderón, 2020: 505).

Los estudios realizados sobre la producción de Almudena Grandes en cuanto a su primera etapa se centran en los personajes femeninos (Gil de Sousa, 2018; Rebé y Ballester, 2024). En relación con *Episodios de una guerra interminable*, el asunto más analizado es la memoria histórica (Ruiz, 2013; Calderón, 2020; Romero, 2020)[32], aunque no se ha escrito mucho sobre la segunda novela de la serie, exceptuando aquellos artículos que tratan la colección en su conjunto, o la traen a colación del comentario desarrollado sobre otra novela. Con todo, los aspectos que se destacan son, de nuevo, rescatar y dotar a la guerrilla de carácter literario (Montiel, 2017), y la función determinada de los espacios (Sherman, 2019).

1.2.1.1. Novelas sobre la guerrilla: *Inés y la alegría* y *El lector de Julio Verne*

Teniendo en cuenta el objetivo de Grandes en cuanto a narrar los primeros veinticinco años de la dictadura en orden cronológico —definidos por el propio régimen como «los veinticinco años de paz»—, la serie empieza con las novelas de la guerrilla: *Inés y la alegría* y *El lector de Julio Verne*, ambas situadas en el medio rural.

La primera entrega, *Inés y la alegría*, subtitulada «El Ejército de la Unión Nacional Española y la invasión del valle de Arán, Pirineo de Lérida, 19-27 de octubre de 1944», cuenta el asalto llevado a cabo por parte de los guerrilleros comunistas exiliados en Francia. La estructura, dividida en partes de carácter cronístico y partes de ficción, permite que el pasado traumático dialogue con elementos ficticios dotados de verosimilitud (Romero, 2020: 198)[33]. En la novela, el amor romántico se presenta como motor de la trama y de la historia[34]; así, la protagonista abandona a su familia burguesa, representante de la España vencedora, renunciando al vínculo afectivo biológico para incorporarse a la familia escogida: los comunistas (Calderón, 2020: 503-506)[35].

Por su parte, *El lector de Julio Verne*, subtitulada «La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror. Jaén, Sierra Sur, 1947-1949», se centra en los años del horror en la

[32] Los personajes femeninos de las tres primeras novelas sirven para visibilizar, por una parte, la gran labor que hicieron las mujeres, y, por otra, la violencia y la represión a las que se vieron sometidas por ser —o formar parte de familias— republicanas (Ruiz, 2013: 418-419).
[33] La configuración de la novela tiene relación con la misma naturaleza de los actos de la posmemoria (Calderón, 2020: 502).
[34] Los elementos afectivos predominan en la construcción de la trama histórica, ya que el componente sentimental posibilita el desarrollo de la acción narrativa (Romero, 2020: 201-202).
[35] Por ello, el discurso que impera en las novelas de la serie es el de la comunidad y lo común, más que el propio discurso comunista; de hecho, en cada una de las novelas, el personaje protagonista, en el que se focaliza la narración, pasa por un rito de iniciación e integración en una determinada sociedad de resistentes, fundamentada en el principio de solidaridad y el sentimiento de pertenencia (Calderón, 2020: 505).

serranía jiennense y la guerrilla. La novela cuenta la historia de Nino, un niño de nueve años, hijo de un guardia civil, que descubre un nuevo mundo gracias a los contactos «prohibidos» que encuentra a su alrededor, así como a las lecturas que hace de Julio Verne y Galdós, que codifican su identidad y favorecen su desarrollo moral e intelectual (Sherman, 2019: 1291-1296)[36]. Por ello, puede ser leída como una novela de aprendizaje, un *bildungsroman* en el que irá descubriendo una realidad al mismo tiempo que se le presenta al lector (Montiel, 2017: 254). Nino tendrá que enfrentarse a un dilema susceptible de ser interpretado como una metáfora de la situación del país: para poder seguir adelante, deberá asimilar la verdad, igual que la sociedad deberá enfrentarse a su violento pasado en favor del reconocimiento y la reparación de las víctimas de la represión (Calderón, 2020: 510).

2. Los personajes femeninos en *El lector de Julio Verne*

En *El lector de Julio Verne*, Grandes muestra una galería de personajes femeninos que sirve para representar las diferentes tipologías de mujer que podían coexistir en la época. Al final de la novela cuenta quiénes fueron los hombres a partir de los que se inspiró para la elaboración de algunos de sus personajes masculinos; no ocurre así en el caso de los femeninos, puesto que no cuentan con un correlato real, aunque sí hace una breve referencia a Carmen la Rosa, la mujer de Cencerro, y a sus hijas, y también menciona algunas mujeres que huyeron al monte con sus familias. Se comprende, entonces, que la autora se sirvió de las experiencias y situaciones descritas en los libros, así como de las historias que le refirieron para crear a sus protagonistas de ficción[37]. Los personajes aparecen situados en tres espacios principales que simbolizan núcleos ideológicos distintos: el pueblo, el cuartel y el cortijo.

[36] Nino, además de escoger entre su familia de sangre y la de elección, debe hacer frente a la oposición entre Antonio, su padre real, y Pepe Moya, el «padre simbólico» (Calderón, 2020: 507-508). Ante la ausencia de una figura paterna con marcado carácter, recurre a otras figuras de su entorno, como Pepe el Portugués o los personajes de las novelas de Julio Verne (Sherman, 2019: 1292).

[37] En la "Nota de la autora", Grandes explica que esta novela nace a partir de la historia que le cuenta Cristino Pérez Meléndez, un amigo suyo, catedrático de Psicología de la Universidad de Granada. Menciona, además, las lecturas consultadas: por ejemplo, *Plata quemada*, de Ricardo Piglia, o *La resistencia contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, de Francisco Moreno Gómez. El testimonio oral de Carmen Rodríguez Martos, nieta de Pelegrín Martos Peinado, «el alcalde vitalicio», o el de Esther Estremera Villén, hija de Rafaela y nieta de Cencerro, también han contribuido a la elaboración de la novela (Grandes, 2012: 405-414). A partir de este momento, todas las citas de la novela, que siguen la misma edición, se indicarán anotando la página correspondiente entre paréntesis. Se pueden observar episodios relevantes, por ejemplo, cuando Carmen la Rosa se vio obligada a pasar nueve años y medio presa por decir la verdad, que el hijo que esperaba entonces era de su marido —quien vivía en el monte— (92); cuando las hijas de Cencerro cavaron la tumba de su propio padre a las afueras del cementerio (85), o cuando Virtudes se vestía de pastor para subir y bajar del monte (61).

2.1. Fuensanta de Martos, un pueblo en zona de guerrilla

En la Sierra Sur de Jaén, la Fuensanta de Martos que aparece en la novela es una invención de la autora, aunque se respete su situación geográfica y algunos topónimos (408). En el pueblo es donde sucede prácticamente toda la acción: los personajes se conocen entre sí y frecuentan los mismos establecimientos, como el bar de la plaza, la churrería o la carnicería. Cabe destacar que la actividad económica de dicha localidad pertenece al sector primario puesto que viven de la agricultura; por ello, los trabajos más recurrentes, sobre todo entre las mujeres, serán el mantenimiento de los campos, la recolecta de frutas y verduras y la recogida de esparto. Además, en los pueblos rurales nada ni nadie pasa desapercibido; por eso, Pepe Moya, el Portugués, llama la atención al ser un forastero que vive a las afueras del pueblo, en un molino apartado, entre las montañas y el llano[38].

Otros espacios significativos que forman parte del pueblo son el mercado o la taberna de Cuelloduro, lugares de encuentro que caracterizan a los personajes y en los que se desarrolla la acción. En el mercado, por ejemplo, se podrá observar la tensión existente entre Mercedes, la madre de Nino, y las demás mujeres del pueblo, consideradas en su mayoría *rojas*. En la taberna de Cuelloduro, uno de los puntos neurálgicos de los republicanos, los fuensanteños se sienten algo más libres que en la calle ya que la autoridad y represión ejercidas por la Guardia Civil amenazan el pueblo a todas horas. Allí se presenta a Matilde la Piriñaca, una estraperlista que se caracteriza por pasar el tiempo en dicho establecimiento. La Piriñaca comercia con todo tipo de productos: vende huevos a Mercedes; Sonsoles le compra novelas rosas, y Curro, de pistoleros[39]; Filo la Rubia le encarga madejas de lana; distribuye tabaco a los pastores, incluso vende barras de regaliz a Nino. De esta manera, se crea a su alrededor un entramado de personajes que aparecen unidos por ser compradores, hecho que deja constancia de que las relaciones personales dependían de los intereses y beneficios que de ellas se pudieran obtener, así

[38] A lo largo de la novela, Pepe será uno de los personajes que más influya en el desarrollo de Nino ya que de él aprenderá el valor de las relaciones personales, así como la importancia de escoger el futuro que realmente se quiere tener y de convertirse en quien verdaderamente se quiere ser. El molino en el que vive Pepe le sirve a Nino inicialmente para evadirse de la realidad hostil y violenta de la casa cuartel: se baña en el río, pesca truchas y cangrejos, recoge frutas y verduras del huerto y lee los libros que Pepe le presta, entre otras actividades. En un momento determinado, ese lugar se convierte en uno de los puntos de encuentro entre los del monte y los del llano, puesto que él es, en realidad, un enlace de los guerrilleros antifranquistas.

[39] Las novelas de pistoleros se caracterizan por su brevedad, su escasa calidad literaria y por estar dirigidas a un público que, por formación o intereses, se aleja de la «literatura culta» (Mateos, 2007: 289), por ello, son consideradas subliteratura. El mayor representante de esta línea novelesca fue Marcial Lafuente Estefanía, quien publicó su primera novela del oeste en 1943, titulada *La mascota de la pradera* (Magaña, 2007: 285). Cuenta con una cifra aproximada de entre 2500 y 4500 publicaciones (Mateos, 2007: 290), cuyas historias están cargadas de una violencia que funciona como hilo conductor (Magaña, 2007: 292).

como de las necesidades de la época, pues ambas partes buscan subsistir en el medio en el que se encuentran. Además, la taberna es un lugar en el que se cuentan las novedades e informaciones del exterior, y Matilde siempre tiene algo que contar puesto que conoce todo lo que sucede en el pueblo; por ejemplo, ella es quien advierte sobre el embarazo de Filo la Rubia: «yo no me equivoco nunca, ya lo sabéis» (283), dice, muy segura[40].

2.1.1. Mujeres de luto

Carmela la Pesetilla es el emblema de la mujer del pueblo llano, quien mejor representa el abatimiento y la desgana de quienes fueron vencidas después de la guerra. Se presenta al lector como una matriarca republicana, viuda y madre de cinco varones, de los cuales solo quedan vivos dos: Elías el Regalito y Fernando, preso cerca de Sevilla.

Una de las imágenes más frecuentes de Carmela es que siempre está apoyada en el quicio de su puerta para ver pasar a la gente. Esta observación característica de Carmela, que es tan recurrente que aparece como obsesiva, se entiende por las palabras que Catalina la Rubia le profiere a Nino: «pregúntaselo a Carmela, anda, […] pregúntale quién la dejó viuda» (206), a partir de las que se infiere que el responsable fue Antonio, el padre de Nino. Además, esa actitud vigilante, ese estar siempre viendo pasar a los agentes, puede responder simplemente a la preocupación propia de una madre que ya ha visto morir a su marido y a la mayoría de sus hijos, que tiene otro en la cárcel y el último puede ser objeto de represión. Otra de las imágenes que caracterizan a Carmela es que siempre va enlutada y tiende ropas negras en su balcón, como muchas familias del pueblo. Por ejemplo, el 18 de julio de 1947, en el undécimo aniversario del Alzamiento,

> todas las familias que tenían motivos para estar de luto habían decidido hacer la colada precisamente esa mañana, y las ropas negras puestas a secar en los balcones combatían la alegría de los papeles de colores con el duelo, público y clandestino al mismo tiempo, por los héroes de Valdepeñas de Jaén (83).

Es una mujer comprometida con la causa, lo que provoca que sea vista como una delincuente, simplemente «por ir vestida de luto y colgar sus ropas en el balcón cada vez que mataban a un bandolero» (212). Ello debe verse como un hecho natural, teniendo en cuenta que su familia, como todas aquellas que habían sufrido las violencias de la Guerra Civil y la posterior represión franquista, no tenía nada que celebrar. «En mi casa ya no hay ropa de ningún otro color» (83), le dice al guardia Romero al ser preguntada por las

[40] El tiempo le da la razón, pues la propia Filo admite su embarazo poco tiempo después, y esta información culmina con la fotografía que llega desde Francia —hacia el final de la novela— en la que aparecen Filo la Rubia y Elías el Regalito con su hijo recién nacido.

prendas tendidas en la cuerda[41]. De hecho, a la vuelta del funeral del agente Martínez, Nino recuerda que en los «ojos quietos [de Carmela] […] cabía todo, un mundo de amor y de odio, de dolor y de rencor, de debilidad y de firmeza, de desesperación y de convencimiento, de fe, de venganza» (65). Durante toda la novela, se observa en ella una manifiesta actitud de oposición con respecto a un régimen opresor que le ha arrebatado todo lo que poseía, excepto sus valores. No va al monte ni presta ayuda directa a los guerrilleros, pero es valiente y actúa de acuerdo con sus principios; el luto se convierte en su estrategia de resistencia. Gracias a los elementos que lo representan, sus acciones, dotadas de una gran fuerza simbólica, le sirven para mostrar su descontento y denunciar la situación que está viviendo.

2.2. El cuartel de la Guardia Civil

En el destacamento conviven cinco números y oficiales con sus familias, cuyas experiencias se ven lógicamente marcadas desde un inicio por el lugar en el que residen: Salvador Rodríguez, «Michelín», teniente del Ejército de Tierra —destinado allí para poner orden—, junto a su mujer, Concha, «Michelina», y sus dos hijas, Sonsoles y Marisol, ambas denominadas «Mediamujer»; el guardia Romero, con su mujer y su hijo; Curro, cuarto de seis hermanos y huérfano de un cabo del Cuerpo; Antonio y Mercedes Ríos, junto a sus hijas, Dulce y Pepa, y su hijo, Nino, y, por último, el sargento Miguel Sanchís y su mujer, Pastora.

Todos ellos son conscientes de que son la representación de la dictadura, el órgano encargado de reprimir y condenar a todas aquellas personas que no sigan las normas, como se espera que hagan. No obstante, algunos —como Antonino— tienen cierto miedo de no cumplir con sus cometidos y ser sospechosos de ir en contra del régimen. Así, hay quienes lo hacen obligados, y otros, convencidos[42]. Por ejemplo, en algunas escenas los guardias se toman la libertad de hacer y deshacer según les convenga, puesto que están

[41] La representación del «duelo, público y clandestino», así como la idea de ver pasar a los guardias se repetirá con la muerte del Pirulete, primo de Elías y Fernando. Sin embargo, la gente del pueblo no sabe que en realidad Juan el Pirulete era un traidor que quiso delatar a los del monte para dificultar e impedir su huida, así como para intentar salvarse él mismo, ni tampoco sabe que Sanchís era comunista. La Guardia Civil no quiere otro «héroe comunista», por ello la «verdad oficial» es muy distinta (317-319). No les interesa que se conozca la verdadera historia ya que podría provocar que los guerrilleros pensaran que aún tenían alguna posibilidad de vencer, incluso de que contaban con apoyos dentro de la propia policía.

[42] Grandes incluye, en un mismo espacio, personajes afines a las propias ideas que dicho espacio representa —la Guardia Civil como dispositivo cuyo objetivo es luchar contra y hacer frente a los maquis—, así como a otros individuos que, de alguna manera, son contrarios y rechazan todos esos ideales, aunque simulen afección al régimen por pura necesidad y supervivencia. Este hecho, que podría resultar paradójico, no es más que la puesta en escena de la realidad de aquel tiempo.

legitimados y actúan sin escrúpulos; de esta manera, se producen situaciones violentas que no dejan dormir a Nino ni a sus hermanas, como se advierte en este monólogo interior del protagonista, en el que se mezclan las voces de Pepa y de la víctima:

> Y más gritos, más golpes, […] más dolor, y no me peguéis más, si yo no sé nada, ya os he dicho que no sé nada, no me peguéis más, […] ¿qué hacen, qué es esto?, no puedo dormir, las lágrimas temblaban en su voz pequeña, […], no es nada, Pepica, […] y mi voz sonaba mejor mientras mentía, sólo están poniendo una película, igual que me había mentido Dulce a mí unos años antes (79).

2.2.1. Las hermanas Mediamujer

Sonsoles y Marisol Rodríguez Peñalva, las hijas de Salvador y Concha, son conocidas como las Mediamujer, ya que «con las dos, todavía se hace una tía buena» (135), como comentaba Cuelloduro al verlas pasar cogidas del brazo.

El retrato realista con el que se las describe recuerda al estilo de Galdós:

> Las señoritas Rodríguez Peñalva, Sonsoles y Marisol, nombres cuidadosamente escogidos en el santoral para distinguirlos de los que se repetían entre las muchachas corrientes, sólo se llevaban once meses, pero eran tan diferentes que apenas parecían hermanas. La mayor era alta, bastante fea de cara y delgada sólo en apariencia, porque tenía el pecho y las caderas tan bien marcadas que cuando se arreglaba parecía el maniquí de un escaparate. La menor se parecía a su padre, jefe del mío y origen del cuerpo corto y rechoncho, culibajo, de la más guapa de sus hijas, esbelta y plana hasta la cintura pero inmensa a partir de ahí […]. [De su vida solo sabía que] emprendían constantemente empeños que nunca llegaban a culminar […] por culpa del provinciano erial donde les había tocado vivir. […] Su afán principal, sin embargo, era encontrar un marido mejor que el alférez del ejército con el que había tenido que conformarse su madre (136-137)[43].

Por una parte, la prosopografía de las hermanas deja ver los defectos físicos con los que cuentan, a los que intentan sobreponerse con remedios superficiales, como ropas y maquillaje. Por otra, la etopeya demuestra que también tienen carencias en su personalidad: en primer lugar, Grandes les otorga nombres poco comunes en esa zona para que sean diferentes y sobresalgan de lo que ellas consideran el vulgo, insistiendo así en su idea de que están por encima de los demás; en segundo lugar, son mujeres que se dejan llevar por el entorno: buscan constantemente el amor, un hombre con el que casarse y poder mantener el alto nivel de vida al que aspiran, alejadas del mundo rural, que limita sus aspiraciones. En realidad, las hermanas no son plenamente conscientes de lo que hacen ni de lo que sucede con el régimen más allá de las cuatro paredes de la casa cuartel.

[43] Por ejemplo, la descripción que hace de Isidora Rufete en *La desheredada*: «la muchacha, que era más que medianamente bonita, no por cierto muy bien vestida ni con gran esmero calzada […]. Sus manos, algo bastas» (Pérez Galdós, 1881: 78).

En un momento determinado, cuando Antonio quiere que Nino aprenda a escribir a máquina, se decide que Marisol sea su profesora; sin embargo, Concha se opone puesto que su hija se había prometido con Pedrito, por lo que no estaría bien visto que se pusiera a trabajar. De acuerdo con los valores del franquismo, la mujer casada debía permanecer en casa para servir a su familia —aunque no siempre fuera posible—. Ante la negativa de Concha, el encargo pasa a su hermana Sonsoles —quien, de momento, no ha tenido tanta suerte—, a pesar de no contar con conocimientos sobre mecanografía. En consecuencia, Nino percibía que su nueva maestra estaba siempre ausente, porque «cuando no aprovechaba el rato para irse a hacer recados, se sentaba en una silla a leer novelitas rosas» (143), como, por ejemplo, *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*, de la falangista Carmen de Icaza[44]:

> Se pasaba las tardes […] leyendo novelas de amor y dándole pena a un niño de diez años que leía libros mucho más largos y exigentes, más verosímiles en su delirante fantasía que aquellos copos de algodón de azúcar […]. Ella leía novelas rosas para cobrar por adelantado con una imaginación exaltada […] una felicidad de la que tal vez nunca disfrutaría. Yo leía otra clase de novelas […] para soportar la calamitosa aventura de vivir en la casa cuartel de Fuensanta de Martos en 1948 (144-145).

Mientras que para Nino la lectura de los libros de Verne o Galdós supone la apertura de nuevos mundos y conocimientos, para Sonsoles las novelas rosas son un simple pasatiempo con el que abstraerse, imaginar y fantasear con una existencia irreal más feliz[45]. Aunque las jóvenes crean que pueden conseguir una vida ideal imitando a las protagonistas, las narraciones únicamente sirven para que asuman el estereotipo social e ideológico —de ángel del hogar— que se les impone, y para que realicen las tareas que deben llevar a cabo, consideradas como propias de su género[46]. Como se observa, la lectura opera de manera diferente según el tipo de literatura que frecuenten, lo que denota que los intereses literarios son una parte fundamental para la construcción y el desarrollo de la identidad de los personajes, en tanto que representación de las personas.

---

[44] Carmen de Icaza, Concha Linares Becerra y Corín Tellado fueron las escritoras más conocidas de novela rosa. Destinadas a un público femenino, se caracterizaban por exaltar la búsqueda de la felicidad y fomentar una imaginación vehemente mediante descripciones idealizadas del amor. Eran provechosas porque funcionaban como propaganda del régimen, para mostrar el modelo de mujer al que debían aspirar. Por consiguiente, en ellas se muestra «el duro camino y las distintas pruebas que […] han tenido que superar hasta llegar a [la felicidad conseguida mediante la unión conyugal]», pues su fin último era el matrimonio (Alonso, 2012: 34-39).

[45] De nuevo se observa la semejanza con Isidora Rufete, cuando «se entregaba maquinalmente, sin notarlo, sin quererlo, sin pensar siquiera en la posibilidad de evitarlo, al enfermizo trabajo de la fabricación mental de su segunda vida» (Pérez Galdós, 1881: 115), soñando mundos inexistentes.

[46] El matrimonio se consideraba esencial, estaba por encima de todo lo demás; de hecho, hacia el final de la novela Sonsoles encuentra el amor y se casa con Curro, viendo satisfecho su objetivo.

2.2.2. La resignación de una madre

Mercedes Ríos se caracteriza por ser una mujer sensible, atenta y protectora que se preocupa mucho por su familia; lo demuestra, por ejemplo, cuando confecciona una funda de tela para la botella que ha de llevar su hijo al colegio para combatir el frío, con la que se mostrará como un niño mayor, o cuando confiesa que «una noche de estas me voy a morir de angustia» (60) cada vez que a su marido le toca subir al monte a dar una batida. Por el hecho de ser esposa de un guardia se podría creer que profesa el ideario franquista; sin embargo, Nino avisa de que, en realidad, «había estallado una guerra que había partido España en dos mitades, y mis padres estaban en una, y sus dos familias en la otra» (35), por lo que tuvieron que distanciarse de estas para poder continuar con sus vidas, puesto que ambas familias pertenecían al bando perdedor, como le cuenta Pepe a Nino:

> Tu padre es guardia civil porque el 18 de julio de 1936 estaba en un pueblo donde triunfó el Alzamiento, porque allí nadie conocía los antecedentes de su familia, ni los de la familia de su mujer, porque pensó que alistarse era la mejor manera de que no os pasara nada a ninguno de vosotros […]. Tu abuelo Manuel era anarquista (214-216),

pero los dos tuvieron que aceptar y conformarse con esa nueva vida por miedo a lo que les podría suceder, por protegerse a ellos mismos y a sus hijos. En cierto modo, esa aceptación supuso para ella el olvido de su anterior vida, en un pueblo cerca de Almería al que no volvería hasta 1947, más de una década después de haberse marchado. El distanciamiento provocaría en ella pena y, sobre todo, vergüenza, puesto que habían optado por intentar sobrevivir, abandonando a sus familias y sus principios. Mercedes no es feliz con la vida que le ha tocado vivir, y a menudo reflexiona sobre su suerte y piensa que «quién me mandaría a mí a casarme con un guardia civil, […] con lo bien que estaba yo en mi pueblo» (40), lo que denota su insatisfacción y resignación vital. «Así no se puede vivir» (154), se lamenta a lo largo de la novela, cada vez que una situación puede ponerlos en peligro, o cuando las mujeres del pueblo se niegan a entablar cualquier tipo de relación con ella por ser la mujer de un guardia civil, y la reprenden con sus miradas al considerarla conocedora y cómplice de los abusos efectuados en el cuartel, por lo que se ve obligada a reunirse con las esposas de los otros guardias civiles para hacer ganchillo[47]; «pero así vivíamos» (154), piensa Nino, asumiendo que siempre sucede lo mismo, y que están acostumbrados a una realidad que les resulta insoportable.

[47] Se observa que el rechazo que tienen para con Mercedes se traslada a sus hijos: en Almería, los niños se burlan de Nino; en el pueblo, las niñas no quieren jugar con Pepa, puesto que es hija de un guardia.

Igualmente, sufre por la gente, los vencidos de la guerra, con quienes empatiza: tiene en alta estima a las Rubias, defiende su valor y comercia con ellas, ya que compra huevos a Filo; además, les confía la educación de su hijo, pues aprueba que doña Elena eduque a Nino. Se puede observar que, a pesar de formar parte del aparato represor del régimen, no tiene ningún sentimiento de pertenencia, porque «ellos pueden hacer lo que quieran […] siempre, lo que les dé la gana, y nosotros vamos a pasar esto lo mejor posible» (322), le dice a Nino en referencia a cómo operan los altos cargos de la Guardia Civil. De hecho, cuando se niega a que su hijo salga de noche para participar en una operación a petición de Salvador, Mercedes es chantajeada con la ley 12 de 1940[48]; por ello, se ve obligada a ceder y dejar que Nino participe en dicha maniobra, hecho que le causa miedo y desconsuelo, según percibe su hijo (362). Como madre, cobra fuerza y tiene una tentativa de acción para proteger a su hijo, aunque eso implique situarse en contra de la ley; sin embargo, no es posible puesto que es consciente de que los están utilizando, de que son instrumentos del poder y de que deben acatar todas sus consignas si no quieren padecer represalias[49]. Entonces, es posible afirmar que todavía guarda parte de sus ideales anteriores, aunque no pueda realizar ningún tipo de resistencia ante ese régimen opresor del que participa por supervivencia; lo único que intenta es que sus hijos no sufran tanto. Por ello, Mercedes representa la sensibilidad humana, el sentimiento de una madre que no puede hacer nada más que resignarse y seguir adelante por el amor que le tiene a su familia[50].

2.2.3. El misterio de Pastora

Pastora es descrita como una mujer voluptuosa, no muy bella, pero su cojera, que podría considerarse un defecto, le proporciona un bamboleo sugerente digno de admiración, «como si verla moverse fuera pecado» (108), dice Nino, quien llega a sonrojarse por ello. Esta descripción tiene que ver con el ideal de belleza imperante en la época; es vista casi como una *femme fatale*, ya que es seductora, atractiva y puede llegar a manipular a los hombres; de hecho, la gente decía que, antes de conocer a Sanchís y llegar al pueblo,

[48] La Ley de 12 de julio de 1940, que restableció el Código de Justicia Militar (Sevillano, 2016: 289), ordenaba investigar los antecedentes de todos los integrantes del Ejército Nacional y de la Guardia Civil para procesar a todos aquellos miembros cuyo comportamiento pudiera resultar dudoso, y evitar así tener sospechosos en el Cuerpo (361).

[49] Tampoco le es permitido exhibir los logros de su hijo, por ejemplo, cuando obtiene el diploma de mecanografía y taquigrafía. Pese a que ella desee mostrarlo, Antonino no se lo permite puesto que podría ponerlos en peligro. Esta denegación, comprensible en el fondo, provoca tristeza y decepción en Mercedes.

[50] Con todo, al final de la novela, como sucede con Sonsoles, Mercedes sigue perpetuando el modelo propuesto por el régimen cuando se queda embarazada por cuarta vez.

había ejercido la prostitución durante mucho tiempo, puesto que estuvo muchos años entrando y saliendo de la comisaría. Un acto que la distingue de las otras mujeres es que es la única que bebe coñac, puesto que las demás solo beben vino y alguna cerveza, como cuenta Nino (110-111). Además, su infertilidad imposibilita que se quede embarazada, hecho que podría haber sido usado como argumento para llamarla prostituta, pues resultaba extraño que no hubiera sido madre ya, siendo esposa de un guardia civil. Su carácter puede parecer huraño al tratarse de una mujer solitaria a la que no le gusta mezclarse con las demás familias del cuartel y que tampoco tiene amigas en el pueblo; sin embargo, cada vez que está con Sanchís su actitud cambia, y habla y sonríe «como las demás» (109), aunque no se sienta una de ellas.

Una escena íntima entre Sanchís y Pastora permite conocer otro de sus rasgos distintivos: lleva las uñas de los pies de color rojo, a pesar de no mostrarlos nunca[51]. Pastora es discreta y no llama la atención, ni siquiera cuando conoce el fallecimiento de su marido. En el entierro, no consigue expresar su dolor; no se exhibe como una viuda desconsolada que chilla, solloza y maldice al asesino de su marido —que es lo que esperaríamos, que es lo que espera Nino—; al contrario, parece tranquila, serena, pero con un profundo dolor interno. No obstante, tras su pérdida, en ella se manifiesta el abatimiento y la desconsolación «porque ya no quedaba nadie en el mundo para mirarla» (328), y mucho menos como lo hacía Sanchís[52]. Después del suicidio de su marido, se descubre que es tan *roja* como él, y con dicha muerte pierde también a un camarada. Además, ella es consciente de que, a partir de ese momento, ya no va a poder vivir feliz, ni tampoco tranquila; de hecho, termina siendo investigada, endeudada, inhabilitada para trabajar, «presa en el número 16 de la calle Buenavista» (331) en Madrid. De este modo, Pastora representa a todas aquellas mujeres republicanas y comunistas que acabaron sufriendo las consecuencias de los planes fallidos debido a la magnitud y dificultad del problema. Por ello, se entiende la atmósfera misteriosa que la envuelve y por qué no se mezcla con las demás, pues no comparte los principios e ideales del sistema del cual se ha visto obligada a formar parte; tiene que ser enigmática porque el secreto que guarda es

[51] Este hecho le sirve para ganarse, de nuevo, el distintivo de prostituta, puesto que «el rojo […] es el color de las putas» (163). Sin embargo, ese color asociado al vicio no tiene ninguna relación con lo que Nino ve, una secuencia de armonía y dulzura en la que él le pinta las uñas a ella, que contrasta con el trato abusivo que reciben las mujeres en el cuartel por parte de Sanchís, quien amenaza con violarlas.

[52] En este caso, es posible comparar el tratamiento que se hace en cuanto al amor en los personajes de Pastora y las hermanas Mediamujer. Mientras que Sonsoles y Marisol buscan conseguir un ideal, un marido que las pueda mantener en un alto nivel de vida, Pastora muestra amor sincero, sin otorgar ninguna importancia a los bienes materiales.

de gran importancia, y si se delatara o delatase a Sanchís ambos estarían en peligro, poniendo en riesgo así a los guerrilleros a los que están intentando ayudar como parte que son de la resistencia en la clandestinidad del llano[53].

2.3. El cortijo de la resistencia

En esta finca próxima al monte viven seis mujeres y tres niños: Catalina la Rubia, con sus hijas Catalina «Chica», Paula y Filomena; Manoli, con sus hijos Blas y Pedro, y doña Elena, con su nieta Elena. Este núcleo reducido de republicanas tiene un grado de participación elevado en cuanto a la resistencia y al apoyo a la guerrilla y a los guerrilleros se refiere. Su ubicación es propicia para la clandestinidad; de hecho, en un momento determinado, el cortijo funciona también como imprenta, desde la cual se estampan y reparten folletos propagandísticos en favor de la guerrilla y los republicanos[54]. El motivo por el cual ningún hombre convive con ellas se explica por las violencias de la Guerra Civil y la posterior represión, como refiere Nino sobre la vida de Catalina la Rubia:

> Su primogénito había sido uno de los últimos muertos del frente, su marido, uno de los primeros fusilados de la posguerra, y antes de que acabara el mes de abril de 1939, como si todavía no hubiera tenido bastante, su hijo Nicolás […] se le murió en los brazos entre convulsiones de una fiebre altísima, mientras ella lo llevaba por el pueblo de puerta en puerta, suplicando una ayuda que nadie quiso prestarle (170);

además, los cuatro hijos que sobrevivieron tuvieron que realizar una huida al monte, en primer lugar, para luego poder llegar al exilio. En consecuencia, la resistencia queda concentrada y es llevada a cabo únicamente por mujeres.

2.3.1. Las Rubias

Como deja constancia Grandes en sus novelas, en los pueblos se emplean motes para referirse a las personas. En esta ocasión, el apodo por el que se conoce a las Rubias se deriva del apellido del padre, Rubio. Cuando se hace referencia a los hombres, se sigue empleando el nombre de familia, pero a ellas ya se las conoce por su apelativo debido a la fuerza, valentía y orgullo que mostraban ante su desgracia vital —las muertes y el exilio de los varones, además de haber sido víctimas del rapado de cabeza por su ideología—, así como por haber mantenido en pie el cortijo y su economía.

[53] Sanchís y Pepe el Portugués usan a Pastora como excusa para enviarse mensajes y tener encuentros, empleando como pretexto su afición por la miel.
[54] Nino comenta que, para la Guardia Civil, el contenido de dichos panfletos «era mucho menos importante que su propia existencia» (145), puesto que suponía la presencia de una organización clandestina que operaba en el pueblo y que eran incapaces de identificar y desarticular.

Catalina la Rubia es descrita como una mujer alta y corpulenta, de unos cincuenta años, viuda y madre de nueve hijos. Se dice que de joven había sido «más [guapa] que cualquiera de sus hijas» (169), y en la actualidad aún guarda parte de aquella belleza en «su rostro anguloso, su nariz elegante y los ojos almendrados, sumidos […] entre los pliegues de una piel quebradiza, seca como el cartón» (169). Aun así, el pelo canoso y la mirada de desprecio e indiferencia con respecto a todo lo que la rodea la hacen parecer mayor, y el desdén y el mal carácter que muestra se atribuyen al sufrimiento que la ha acompañado siempre, pues «la vida me ha pegado mucho» (170), cuenta en alusión al homicidio de su marido y de sus hijos mayores, así como al fallecimiento de Nicolás, el benjamín. Hacer frente a la muerte de un hijo de apenas diez años provocó que sintiera que ya «no había piedad» (171) en el mundo, que «no había esperanza ni futuro para una mujer como ella» (171), hecho que explica, además, su actitud esquiva para con sus vecinos, por quienes siente rencor al haberle negado auxilio en un momento tan duro. Por todo ello, Catalina es la máxima representación de la matriarca republicana; una madre preocupada por sus hijos, que no hace sino odiar a la Guardia Civil y al régimen que ha aniquilado a su familia a causa de la República, el ideal que todos han defendido siempre.

Catalina la Chica, la primogénita, es la más guapa de las hermanas, pero también la más menuda, incluso más que su madre. Es descrita como una chica tranquila, «a ratos hasta dulce» (170), dice Nino, porque pasa mucho tiempo con su novio, que trabaja en Martos en un ambiente menos opresor. Un aspecto destacable es que es sensible, muy atenta y protectora con sus hermanas. Por su parte, Paula la Rubia, la mediana, es la más alta, la que «había heredado la dureza de los rasgos de Catalina sin la dulzura que la templaba en los ojos de sus hermanas» (182), hecho que desluce su rostro. Además, se la describe como una persona huraña, reservada, orgullosa y altiva; una mujer solitaria, puesto que «no le gusta bajar al pueblo» y mezclarse con la gente, asegura el Portugués (276). De hecho, a través del personaje de Pepe, con quien mantiene un romance, sabemos que es la que más se parece a la madre, de quien hereda su fuerte temperamento, que él mismo achaca a las circunstancias en las que se ha criado. También muestra rebeldía y desobediencia, pues le encanta fumar, aunque su madre se lo tenga prohibido. Grandes crea un personaje insociable, de marcado carácter, pero al atribuirle una relación amorosa muestra que el entorno complicado no imposibilita que pueda surgir el amor de manera natural, pues conforme avanza la novela también lo hace su relación. Asimismo, en ocasiones se observa que el afecto que siente y tiene por Pepe ablandan, en parte, su genio.

En cuanto a Filomena la Rubia, la más pequeña, es quien tiene mayor fuerza narrativa de toda la novela. Es una joven independiente, valiente, inteligente y atrevida. El primer acto de rebeldía se muestra cuando, una vez terminada la guerra, decide cortarse el pelo con unas tijeras, semejando aquel rapado del que habían sido víctimas todas las mujeres de su familia, «para que nadie se confundiera» (56-57). En el cortijo, se encarga de hacer la recova, actividad comercial que consiste en comprar productos del campo en zonas rurales para luego revenderlos en su propio pueblo; de hecho, Mercedes decide comprarle los huevos a ella «porque no tienen punto de comparación» con los de la Piriñaca, comenta (57). También es quien se ocupa de la recogida de esparto —tarea que ha pasado de generación en generación—, y no tiene miedo a enfrentarse a los guardias cuando, en una ocasión, la detienen por considerar ilegal dicha acción, acusación de la que se defiende diciendo que no es «una ladrona ni una criminal» (151). La determinación del personaje de Filo se demuestra también cuando se queda «preñada, sí, de cuatro meses y medio. ¿Pasa algo? No me da vergüenza. Es asunto mío y de nadie más. […] ¿Está claro?» (284), suceso que causa mucho revuelo en el pueblo por todo lo que ello supone: en primer lugar, es una joven «soltera sin novio conocido» (281), por lo que la podrían señalar por acostarse con cualquiera o, peor aún, por estar viéndose con algún guerrillero del monte[55]. Por ello, la confesión del embarazo es tomada como un acto de rebeldía, ya que prefiere exhibirse en vez de ocultarse en el cortijo; no obstante, Pepe el Portugués considera que Filo es «tonta de remate» (287), que ha cometido una insensatez y no ha sopesado las consecuencias, dado que esa situación las puede poner en peligro, sentimiento compartido por sus hermanas, aunque le muestren su apoyo en sociedad. El acto más importante que demuestra la agencia del personaje y su capacidad de decisión se encuentra en el momento en que opta por abandonar el pueblo junto a Fernanda la Pesetilla —y sus dos hijos—, María Cabezalarga e Isabel Mariamandil. El coche que las viene a buscar las lleva hasta Francia, desde donde llega una fotografía en la que se puede ver a Filo y a Elías con su hijo recién nacido, al que llaman Tomás. Por todo ello, Filomena la Rubia se convierte en una de las mujeres más valientes de la novela.

En el cortijo también vive Manoli, viuda de Blas el Rubio, quien llega allí después de haber pasado seis años en la cárcel de Sevilla. Al salir, aparece «convertida en una Rubia más» (175), es decir, radicalizada en sus ideas. Es una mujer bondadosa que intentó

[55] El lector sabe que el padre es, en efecto, Elías el Regalito, con quien mantiene una relación clandestina, puesto que vive escondido en el monte.

ayudar a su marido en lo que pudo, y que por ello acabó siendo una víctima colateral. En el mismo entorno penitenciario se nos presenta a doña Elena, cuyo marido estuvo encarcelado en la prisión de Carmona por ser ateo. Entre las mujeres que esperaban la visita con sus familiares, una de ellas le relató lo que le sucedía a Manoli[56], y doña Elena no dudó en prestarle su ayuda. De este modo, se observa la importancia de las redes creadas alrededor de las cárceles, que funcionan como lugares de encuentro en los que las mujeres aúnan fuerzas y entablan amistad, lo que permite que puedan socorrerse cuando sea necesario.

2.3.2. La maestra republicana

Doña Elena llega al cortijo de las Rubias por su bondad y generosidad, ya que después de acoger a los nietos de Catalina, esta la invita a pasar los veranos en el pueblo, donde se instala definitivamente. De joven estudia Magisterio, y en ese momento conoce al que será su marido, un sevillano con el que tiene dos hijas. La mayor de ellas no estudia bachiller; de hecho, se casa por la Iglesia antes de los veinte años con un primo segundo, católico y reaccionario, lo que se aleja del ideario de sus padres. Además, se va a vivir a Oviedo, inicialmente la única ciudad asturiana que había sido tomada por los rebeldes, aislada del resto de la zona franquista. Por el contrario, su hija pequeña es mucho más moderna y decide estudiar Bellas Artes en Madrid; sin embargo, su existencia se ve truncada cuando los bombardeos acaban con su vida, dejando a una niña huérfana de dos años llamada Elena —como su abuela—, de quien se hace cargo. Así, doña Elena representa el amor maternal ahora ejercido por las abuelas —de sangre o escogidas—, puesto que las propias madres se han visto impedidas para ello. De hecho, durante dos años doña Elena considera que su nieta es «su única familia» (174), hasta que conoce a las Rubias. Por ello, cuando Nino le pregunta si se va a ir a vivir con su hija mayor y sus dos nietos, ella contesta que no, porque «ahora vosotros sois mi familia» (247). Ella prefiere vivir rodeada de gente afín a sus ideas, por quien siente amor y afecto; el lazo amistoso y emocional creado es mucho más importante que la familia de sangre[57], lo que demuestra la importancia de los vínculos afectivos que se creaban, la «familia escogida»

[56] En el momento en que fue detenida entró con sus dos hijos, pero pasado un tiempo ya no le permitían que se quedase con ellos. Como su hermano no podía ayudarla, Elena decidió ocuparse de la situación y acogerlos en su casa cerca de un mes, hasta que Catalina recibió una carta de su nuera, consiguió dinero y viajó hasta Carmona.

[57] A pesar de ser hijo de un guardia, Elena aprecia a Nino; se observa cuando intenta defenderlo y protegerlo de Catalina, que llora la muerte de su hijo a manos de la Guardia Civil. Esto demuestra que doña Elena ve su bondad y su capacidad de reflexión; no considera que sea como su padre ni como los demás guardias.

(Calderón, 2020: 506) aplicada, en este caso, a las Rubias y Nino —y también Pepe—. De hecho, ella misma se refiere al ambiente opresor de Oviedo, que se contrapone a la libertad que le proporciona el cortijo, aunque su nieta piense lo contrario: lo que le ofrece Oviedo —capital en la que se ha impuesto el ideario franquista— le gusta más que lo que puede encontrar en el pueblo o en el cortijo, en el mundo rural —como sucedía con las hermanas Mediamujer—.

En el cortijo, Elena enseña a Nino mecanografía, taquigrafía, historia y francés. Desde el principio, Nino advierte que «también era *roja*, aunque no se pareciera a las Rubias en ninguna otra cosa» (172)[58], por su carácter y por la ironía con la que niega que Catalina sea comunista, o que haya comunistas en la España franquista: «Catalina es una patriota y una buena española, católica, apostólica y romana, como todo el mundo. ¡Pues no faltaría más!» (172). Además, es quien le inculca el amor por la lectura, por las novelas de aventuras, así como por la historia de su país con los libros de Verne y Galdós. Ello le permite a Nino formarse un espíritu crítico e interesarse por «toda la verdad, lo que nos gusta que haya sucedido y, además, lo que ha sucedido aunque nos guste tan poco que daríamos cualquier cosa por haberlo podido evitar» (197-198), le cuenta al niño. En este momento, se puede apreciar de nuevo el papel de las abuelas como dadoras de amor y de conocimiento, de la «memoria» que pasa de generación en generación. Hacia el final de la novela, cuando Nino es mayor, recuerda a doña Elena como «una republicana represaliada a la que el régimen nunca ha querido rehabilitar» (393-394), lo que demuestra el rechazo por parte del franquismo hacia todas aquellas personas contrarias al alzamiento, estuviesen o no capacitadas para ejercer su trabajo. Por todo ello, Elena sobrevive gracias a las redes afectivas que ha ido creando, y enseña a Nino la importancia de conocer el pasado, la historia, la verdad de lo sucedido, para intentar evitar cometer los mismos errores.

Conclusiones

Almudena Grandes, de la misma manera que procedió en su primera etapa, donde los personajes femeninos simbolizan a las mujeres de su generación, en *El lector de Julio Verne* ofrece una galería de personajes que, si bien no son protagonistas, tienen una gran relevancia en la narración y responden, de manera fidedigna, a las diferentes tipologías de mujer existentes en la posguerra. Como se observa, Grandes presta especial atención

[58] La cursiva es mía.

a las republicanas y a su colectividad, pues son las que tienen mayor representación y peso narrativo, hecho que responde al interés de la autora por mostrar su situación y denunciar los abusos de los que fueron víctimas.

En primer lugar, las hermanas Mediamujer pertenecen a ese colectivo de mujeres que formaban parte de un régimen cuyo funcionamiento no se cuestionaban; desconocían sus procedimientos y los abusos producidos; es decir, las que asumieron el modelo promovido por la dictadura. En cuanto a Mercedes, se puede afirmar que forma parte del conjunto de personas que se vieron abducidas por el franquismo, creyéndolo el único modo de sobrevivir, aunque no estuviesen completamente de acuerdo. Por su parte, Pastora representa aquellas que formaron parte de un régimen contrario a sus ideales, y que intentaron, por amor, seguir luchando para dinamitarlo desde dentro, a pesar de no obtener buenos resultados. En segundo lugar, Matilde la Piriñaca actúa como algunas mujeres que, por subsistencia, emplearon el estraperlo para negociar y poder sobrevivir, dispuestas a comercializar con todo aquel que lo requiriese. Por su lado, Carmela la Pesetilla encarna aquellas madres republicanas, viudas, que vieron morir también a sus hijos, asesinados por la Guardia Civil. Catalina la Rubia también formaría parte de este grupo, aunque, en esta ocasión, el rechazo hacia el régimen se expresa de manera verbal y no mediante símbolos, por lo que puede resultar mucho más evidente y contundente.

Por último, en las Rubias se observa aquellas mujeres que, a pesar de haberlo perdido todo, se mantuvieron unidas, ejerciendo una oposición y resistencia activa a la dictadura. En ellas vemos las víctimas de los rapados de cabeza que sufrían las republicanas por el simple hecho de serlo. Todas se ocupan del cuidado del campo, los niños, la casa y la economía, así como de la imprenta clandestina. Por una parte, Filomena, por ejemplo, representaría aquellas jóvenes que mostraban su descontento con hechos y palabras y, en un momento determinado, decidieron huir al monte, tanto por amor como por convencimiento, resistiendo y luchando contra el régimen opresor. Por otra, Grandes se sirve del personaje de doña Elena para introducir su pensamiento y reconocer el valor de todas aquellas profesoras republicanas que se vieron obligadas a vivir en el ostracismo. También la emplea para tratar la cuestión de la memoria histórica: es un personaje de la primera generación quien le cuenta la verdad y la historia a uno de la tercera, a un «guardián de la memoria» (Ruiz, 2013: 413), pues es consciente de que, para que el pasado no se olvide, debe transmitirse, como las abuelas que narran sus recuerdos de la infancia a sus nietos.

Bibliografía

ALONSO VALERO, Encarna (2012). "Corín Tellado y la novela rosa", *Ogigia: Revista electrónica de estudios hispánicos*, 12: 33-44, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3981541 [consultado el 27 de mayo de 2026].

ARCO BLANCO, Miguel Ángel del (2016). "Hambre, estraperlo y contrabando en el franquismo. Estrategias para escapar de la muerte", *Andalucía en la historia*, 52: 30-33, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5412326 [consultado el 18 de marzo de 2026].

BARRANQUERO TEXEIRA, Encarnación (2017). "Mujeres y Guerrilla en Andalucía", en Marie-Claude Chaput et al. (eds.), *Escrituras de la resistencia armada al franquismo*, Presses universitaires de Paris, Nanterre: 71-86, DOI: https://doi.org/10.4000/books.pupo.27611 [consultado el 2 de abril de 2026].

CABANA IGLESIA, Ana et al. (2021). "Trajinar sin descanso: mantenedoras, cuidadoras y contramodelos. Un relato en femenino de la posguerra española", *Historia del Presente*, 38: 67-88, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8271925 [consultado el 3 de marzo de 2026].

CABRERO BLANCO, Claudia (2015). "Tejiendo las redes de la democracia. Resistencias cotidianas de las mujeres durante la dictadura franquista", en Mercedes Yusta e Ignacio Peiró (coords.), *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico: 197-217, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7012297 [consultado el 15 de marzo de 2026].

CALDERÓN PUERTA, Aránzazu (2020). "'Por mí y por los demás': resistencia, comunidades y comunismo en *Episodios de una guerra interminable* de Almudena Grandes, *Pasavento: revista de estudios hispánicos*, VIII (2): 499-514, URI: http://hdl.handle.net/10017/44969 [consultado el 8 de marzo de 2026].

DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). [Maquis]. En *Diccionario de la lengua española*, https://dle.rae.es/maquis [consultado el 15 de mayo de 2026].

DÍEZ FUENTES, José Manuel (1995). "República y primer franquismo: la mujer española entre el esplendor y la miseria, 1930-1950", *Alternativas: Cuaderno de Trabajo Social*, 3: 23-40, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2753435 [consultado el 3 de marzo de 2026].

DI FEBO, Giuliana (2006). "Resistencias femeninas al franquismo: para un estado de la cuestión", *Cuadernos de historia contemporánea*, 28: 153-168, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2161624 [consultado el 15 de marzo de 2026].

GIL DE SOUSA, Célia Maria (2018). "Los personajes femeninos de Almudena Grandes: actualidad, Postmodernidad y Guerra Civil", Tesis doctoral, Universidad de Córdoba, en

https://helvia.uco.es/bitstream/handle/10396/16986/2018000001789.pdf?sequence=1&isAllowed=y [consultado el 3 de abril de 2026].

GONZÁLEZ MARTÍN, Nuria (2008). "Ley de Memoria Histórica", *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, 122: 979-991, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2783671 [consultado el 18 de abril de 2026].

GRANDES, Almudena Grandes, Almudena (2010). *Inés y la alegría*. Barcelona: Tusquets Editores.

— (2012). *El lector de Julio Verne*. Barcelona, Tusquets Editores.

HIRSCH, Marianne (2012). La generación de la posmemoria. *Escritura y cultura visual después del holocausto*. Madrid, Editorial Carpe Noctem

MACCIUCI, Raquel y BONATTO, Virginia (2008). "Machado es el dechado de virtudes republicanas por excelencia": Entrevista con Almudena Grandes sobre *El corazón helado*, *Olivar*: 9 (11), 123-141, en Memoria Académica. Disponible en https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3352/pr.3352.pdf [consultado el 3 de mayo].

MAGAÑA SÁNCHEZ, Vicente (2007). "M. L. Estefanía, la época de los lectores de un mito de la novela popular", en *Alcalibe: Revista Centro Asociado a la UNED Ciudad de la Cerámica*, 7: 284-288, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2563810 [consultado el 29 de mayo de 2026].

MARÍAS CADENAS, Sescún (2013). "El empleo femenino a los dos lados del margen: la Sección Femenina y el trabajo de la mujer", en Óscar Rodríguez Barreira (ed.), *El Franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores…*, Almería, Universidad de Almería: 147-163.

MATEOS, Rodolfo (2007). "Aproximación a la obra de M. L. Estefanía, el rey del punto y aparte", en *Alcalibe, Revista Centro Asociado a la UNED Ciudad de la Cerámica*, 7: 289-295, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2563815 [consultado el 29 de mayo de 2026].

MONTIEL RAYO, Francisca (2017). "Del presente a la memoria histórica: visión de la guerrilla antifranquista en *Juan Caballero* (1956) de Luisa Carnés, y en *El lector de Julio Verne* (2012) de Almudena Grandes", en Marie-Claude Chaput et al. (eds.), *Escrituras de la resistencia armada al franquismo*, Presses universitaires de Paris Nanterre, Nanterre: 237-259, DOI: 10.4000/books.pupo.23297 [consultado el 16 de abril de 2026].

PÉREZ GALDÓS, Benito (1881). *La desheredada*. Madrid. Ediciones Cátedra.

REBÉ RODRÍGUEZ, Patricia y BALLESTER PARDO, Ignacio (2024). "Feminismo y personajes femeninos en Almudena Grandes: *Estaciones de paso*", en maría Elena Jaime de Pablos y Concha Fernández Soto (eds.), *Subjetividades femeninas transgresoras en la narrativa literaria y audiovisual*: 108-119, URL: https://hdl.handle.net/10045/150053 [consultado el 29 de marzo de 2026]

ROCCO LOZANO, Valeria (2021). "La memoria no es un asunto del pasado" [conversación Almudena Grandes y Valeria Rocco], *Minerva: Revista del Círculo de Bellas Artes*, 35: 11-15, en https://minerva.circulobellasartes.com/la-memoria-no-es-un-asunto-del-pasado/ [consultado el 6 de marzo de 2026].

ROMERO VAQUERO, Alba (2020). "Escrituras de la (pos)memoria: *Inés y la alegría*, de Almudena Grandes", *Cuadernos de Aleph*, 12: 192-210, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7580530 [consultado el 20 de abril de 2026].

RUIZ SERRANO, Cristina (2013). "Episodios de una guerra interminable: la historia y la posmemoria en el proyecto galdosiano de Almudena Grandes", en Christoph Strosetzki (coord.), Perspectivas actuales del hispanismo mundial: Literatura – Cultura – Lengua, Volumen III: Literatura hispanoamericana | Cine | Historia y cultura | Lengua: 409-422, en https://repositorium.uni-muenster.de/document/miami/fd2cfd8e-a8f6-4724-9439-15a8764a44eb/strosetzki_buchblock_vol3.pdf [consultado el 10 de marzo de 2026].

SÁNCHEZ TOSTADO, Luis Miguel (2019). "Resistencia antifranquista en Andalucía. La épica de una causa perdida", en *Andalucía en la historia*, 64: 30-33, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6892941 [consultado el 28 de marzo de 2026].

SANTIAGO DÍAZ, Gregorio y ORTEGA LÓPEZ, María Teresa (2025). "Entre lo imaginado y lo real: las 'agencias' de las mujeres en los municipios rurales andaluces en la dictadura franquista", *Millars: Espai i historia*, 58: 157-183, DOI: http://dx.doi.org/10.6035/Millars.2025.58.7 [consultado el 6 de marzo de 2026].

SEVILLANO CALERO, Francisco (2016). "Política y criminalidad en el 'nuevo Estado' franquista. La criminalización del 'enemigo' en el derecho penal de posguerra", *Historia y Política*, 35: 289-311, DOI: http://dx.doi.org/10.18042/hp.35.12 [consultado el 5 de junio de 2026].

SHERMAN, Alvin (2019). "Utopias, Dystopias and Heterotopias: The Coming of Age in Post-Civil War Spain in Almudena Grandes' *El lector de Julio Verne*", *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 96 (8): 1289-1315, DOI: https://doi.org/10.1080/14753820.2019.1613744 [consultado el 3 de marzo de 2026].

YUSTA RODRIGO, Mercedes (2004). "Rebeldía individual, compromiso familiar, acción colectiva: las mujeres en la resistencia al franquismo durante los años cuarenta", *Historia del presente*, 4: 63-92, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1036729 [consultado el 20 de marzo].

— (2024a). "'A mí no me matarán como a un perro'. Voces y experiencias de las mujeres de la guerrilla antifranquista en la España de posguerra", *Revista Universitaria de Historia Militar*, XIII, 27: 18-43, en https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=10060183 [consultado el 20 de marzo].

— (2024b2). "¿Exhumar el pasado? Emociones y 'recuperación de la memoria histórica' en España (2000-2022)", *Mélanges de la casa de Velázquez*, 54-1. URL: http://journals.openedition.org/mcv/20855, DOI: https://doi.org/10.4000/11r3h [consultado el 8 de mayo de 2026].